

Amboise por decreto del Parlamento, á pesar de haber tomado en ello no pequeña parte. María Stuardo volvía á Escocia, llevando un secreto presentimiento de sus infortunios.

«Apenas acababa de nacer, dice Brantôme, refiriéndose á esta princesa, cuando los ingleses acometieron la Escocia, y su madre, para ocultarla, tuvo que andar corriendo por todo el país... A pesar de eso no hubo mas remedio que exponerla á los vientos y tempestades del mar, emigrando á Francia para librarse de tanto riesgo.... Desde entonces puede decirse que principió á ser guiada por la buena fortuna. Pero esta duró muy poco. Habiendo quedado María Estuardo viuda de Francisco II, tuvo que regresar á un país medio salvaje, llevando grabada en el corazón la imagen del joven esposo que acababa de perder. Vestida de luto no tenia mas consuelo que acompañar con el laud las endechas que su dolor le inspiraba: «Si adormecida en el lecho llego á gustar algun reposo, dispierto creyendo haber oído su voz, y creyendo que he sentido que su mano me tocaba. Para mí no hay distracción: su imagen está continuamente á mi lado.»

Se embarcó esta señora en Calais en los primeros dias de setiembre de 1561, en la flor de la edad, y á la salida del puerto vió naufragar un buque. Apoyada en la popa de la galera, y con los ojos fijos en las riveras, prorumpió en lágrimas al ver que la tierra se alejaba. Así permaneció cinco horas enteras en esta actitud, repitiendo sin cesar: ¡Adios, Francia! ¡Adios Francia! Así que llegó la noche: *Adios, Francia querida, que ya vas desapareciendo de mi vista, repentia, ya no te volveré á ver nunca.* Reusó bajar á la cámara de la galera; extendió una alfombra en el castillo de popa, y se recostó sin tomar alimento alguno, mandando al timonero que la despertase al ravar el día, si es que aun se percibían las costas de Francia. En efecto, la tierra permanecía visible al salir la aurora, y María Stuardo las saludó con estas últimas palabras: ¡Adios, Francia! *No hay remedio: ¡Adios Francia! no pienso volver á verte nunca.* (Brantôme). Otra desterrada, mas desgraciada aun, habrá tal vez podido pronunciar esas mismas palabras, al ir á demandar un asilo solitario en el palacio de María Stuardo.

Promulgóse el primer edicto en favor de los hugonotes, y el Parlamento rehusó desde luego tomar acta de él. Estalló la primera guerra civil á continuación del asesinato de Vassy. El príncipe de Condé, declarado jefe de los protestantes, se apoderó de la ciudad de Orleans. Rouen cayó en poder de los hugonotes: Antonio, rey de Navarra, padre de Enrique IV, herido delante de esta plaza el 16 de octubre de 1562, murió por intemperancia de resultas de la herida: había sido protestante y se hizo despues católico. Juana de Albret, su esposa, de católica se había cambiado en hugonote *muy fuerte*, segun dice Brantôme.

Dióse la batalla de Dreux, perdida por los hugonotes. Cayeron prisioneros los dos generales de ambos ejércitos, el príncipe de Condé, jefe del ejército protestante, y el condestable de Montmorency, jefe del católico. El mariscal de Sant-André fue muerto. El duque de Guisa decidió la victoria, y partió su lecho con el príncipe de Condé, su prisionero; este no pudo dormir, pero el duque de Guisa pasó la noche en un sueño (1562).

El duque de Guisa fue asesinado por Poltrot delante de Orleans. Es probable que el almirante Coligny tuviese noticia de los proyectos del asesino. Las últimas palabras de Guisa á Poltrot, bien conocidas de todos, no deben omitirse jamás; sin embargo es necesario repetir las, para recordar á la vez la memoria de dos grandes hombres:

«Aprende á conocer la diferencia que hay entre tu

religion y la mia: tú crees servir á Dios, cometiendo un asesinato; yo que soy la víctima, cumplo con mi religion, compadeciendose é implorando tu perdon.»

Francisco de Guisa fue superior á su hijo Enrique, aunque no haya sido llamado á representar tan brillante papel. Es preciso remontarse hasta los romanos para encontrar aquella herencia de gloria y de génio en una misma familia. Esta fue la época de mayor esplendor de la segunda aristocracia; al espirar despidió tanto brillo como la primera: era menos moral, pero mas civilizada y mas inteligente.

El 19 de marzo de 1563 ocurrió la primera paz entre los católicos y los hugonotes. Estos dieron los primeros el ejemplo de llamar á los extranjeros en su auxilio; ellos entregaron á los ingleses el Habre de Grâce, que fue vuelto á tomar por Carlos IX. Dióse en esta época fin al Concilio de Trento: sus decretos de policía y de reforma no han sido recibidos en Francia.

En 1564, por ordenanza expedida en el palacio de Roussillon, en el delphinado, se fijó el principio del año en 1.º de enero. El año principiaba anteriormente el sábado santo despues de vísperas; lo cual, por la movilidad de semejante día, producía aberraciones cronológicas. Habiendo nacido del cristianismo, la sociedad moderna, el año había tomado de él su era; puede decirse que renacia con Cristo.

La historia de los monumentos y de las artes exige que se hable de los primeros trabajos de 1564 para la construcción del palacio de las Tullerías; elegante arquitectura perjudicada por las obras toscas con que ha sido aumentada.

En 1569 fue cuando tuvo lugar en Bayona la entrevista del rey y de Catalina de Médicis con Isabel de Francia, esposa de Felipe II y el duque de Alba. Se ha dicho que el asesinato de los gefes hugonotes fue aprobado en esta entrevista, despues de haber sido concebido en el concilio de Trento en 1563, por el cardenal Carlos de Lorraine. La reina, levantando tropas despues del viaje de Bayona, alarmó á los protestantes de Francia y extranjeros, hizo nacer la segunda guerra civil, y comenzó las revueltas de los Países-Bajos.

Apenas se echa de ver en aquellos tiempos el abandono del sitio de Malta por los turcos; de la misma manera que bajo Luis XIV no se hace atención alguna del sitio de Candia, mas que por la muerte del héroe de la Fronda. Sin embargo, los infieles eran mas formidables que nunca, pero el espíritu de las cruzadas no existía. D'Aubusson, l'Isle-Adam y La-Valette, representantes de la caballería, eran como aquellos reyes sin Estados, pero sin gloria, que sobreviven á su poder.

La primera ordenanza de Moulins reunió y asimiló los dominios poseidos por el rey á los dominios de la corona. Otra ordenanza de Moulins, para la reforma de la justicia, constituye aun hoy día el fondo del derecho comun en el nuevo código (1566).

La asociación de los pobres, para oponerse al establecimiento de la Inquisición, sublevó los Países-Bajos. El príncipe de Orange tuvo que huir; el año despues, el duque de Alba hizo cortar la cabeza al conde de Horn y al conde de Aizzemont.

La batalla de Saint Denis señaló la segunda guerra civil. El condestable Anne de Montmorency mandaba el ejército real; el ejército protestante marchaba bajo las órdenes del príncipe de Condé y el almirante de Coligny. El condestable recibió ocho heridas, y rompió con el pomo de su espada los dientes á Jacobo Estuardo, que le tiró el último pistoletazo. Había vivido durante cuatro distintos reinados, y tenía setenta y cuatro años de edad. Este condestable, hombre limitado, grosero y rígido, es el que constituye en parte la gloria nacional de los Montmorency. Esta casa era una ruina de la primera aristocracia

que seguía permaneciendo en medio de la segunda (1567).

He aquí una anecdota que pinta el carácter del hombre y los tiempos: el condestable, que no acostumbraba tratar con mucha descortesía á todo el mundo, estaba en Burdeos: Strozzi le pidió el permiso de despedazar un buque de trescientas toneladas, que decía estaba viejo, para que con él se calentaran las guardias del rey. El condestable dió su permiso; las autoridades municipales y los consejeros de la corte, reclamaron diciendo que el barco estaba bueno y podía aun servir.

«¿Y quién sois vosotros, badulaques, exclamó el condestable, que os atreveis á contradecirme? Quiere decir, que enviaré ahora mismo personas que despedacen el armazon de vuestras casas en lugar del buque.»

Brantôme, en un trasporte de admiración, exclama: «Al oír estas palabras, se asombraron aquellos buenos hombres y se ruborizaron grandemente. El navio fue deshecho en una sola tarde, y jamás obra alguna ha sido ejecutada con mayor diligencia por parte de los soldados y escuderos.»

¿A quién pertenecía el buque? ¿Al Estado ó á los particulares? He aquí las ideas que entonces se tenían de la propiedad pública ó particular y de la autoridad de las leyes y de los magistrados. En las palabras del condestable se percibe la mezcla de las dos épocas, la insolencia aristocrática y el despotismo monárquico.

Establecióse la segunda paz de 1568, llamada la paz pequeña, seguida inmediatamente de la tercera guerra civil. Ocurrió la aventura y muerte trágica de don Carlos y de Isabel de Francia. La reina Isabel hizo prender á María Stuardo refugiada en Inglaterra. El canceller, llamado L'Hospital se retiró de la corte.

Dióse la batalla de Jarnac, ganada el 13 de marzo de 1569 por el duque de Anjou, que despues fue Enrique III contra Luis I, príncipe de Condé, muerto despues del combate por Montesquieu. El almirante de Coligny y el príncipe de Béarn (Enrique IV) gefes declarados del partido, infundieron aliento á los hugonotes.

Despues de esta batalla se dió la de Moncontour en 3 de noviembre del mismo año, y fue perdida por el almirante Coligny.

Celebróse por tercera vez la paz, en San German, durante el mes de agosto de 1570. En 1571, fue propuesto el casamiento de Enrique de Borbon, príncipe de Béarn, con Margarita, hermana de Carlos X y de Enrique III.

Aquellas batallas de las guerras civiles religiosas, que hicieron tanto ruido, han desaparecido hoy entre las grandes batallas de la aristocracia bajo el feudalismo, casi todas perdidas contra los extranjeros, y las grandes batallas de la democracia durante la revolucion, casi todas ganadas sobre los extranjeros.

Desde la época de los Valois, no queda mas que una sola batalla, cuyo recuerdo sea europeo; y es la de Lepanto: allí se encontraron frente á frente las dos religiones, que, despues de nueve siglos, no habían podido terminar sus disputas. La Grecia esclava, vió por lo menos humillados sus tiranos, y pudo tener un presentimiento del último combate naval que debía dar en Navarino la libertad que había en otro tiempo conquistado en Salamina.

El año de 1572, salido de las entrañas de los tiempos todo sangriento, guardó y no enjugó la sangre de su materno origen. Juana de Albret, reina de Navarra, vino á París á casar á su hijo Enrique con Margarita de Valois. El almirante Coligny y los señores protestantes vinieron á la misma ciudad para asistir á aquellas bodas y conferenciar acerca de la guerra de los Países-Bajos. La reina de Navarra mu-

rió, quizá envenenada. «Fue reina, que no tuvo de mujer mas que el sexo, su alma era enteramente varonil. Su espíritu estaba poderosamente inclinado á los negocios graves, y su corazón era invencible en las adversidades.» (D'AUBIGNÉ.)

«El rey la llamaba su gran tia, su todo, su mejor amada... Por la noche al retirarse, dijo á la reina su madre riendo: ¿Y bien, señora, qué os parece de esto? ¿Hice bien mi papel?» (L'ESTOILE.)

Enrique, rey de Navarra, se casó con Margarita de Valois. «Despues que el rey hubo consumado la jornada de San Bartolomé, decía riendo y jurando segun costumbre, y con palabras que el pudor obliga á callar, que su gruesa Margarita (Margat), al casarse, había cogido todos aquellos rebeldes hugonotes con el reclamo.» (L'ESTOILE.)

Maurevert hirió al almirante de un tiro de arcabuz y ocurrió la matanza de los hugonotes el día de San Bartolomé.

Coligny fue muerto el primero: «Besma, Huestfort y Hattain, encuentran al almirante en pié en el momento de morir; les amonesta tengan piedad de su vejez, pero aun sintiendo sus frios aceros en el cuerpo, prolonga por leves momentos la vida; abraza una ventana para no caer, y al fin cae sacando los ojos de aquel hijo cuyo padre había hecho morir.» (TAVANES.)

La misma historia añade: «El rey de Navarra y el príncipe de Condé, son llevados ante el rey. Este les propone la misa ó la muerte, amenaza al príncipe de Condé con que no se podía fingir impunemente. La resolución de matar solamente los gefes no tuvo efecto; muchas mujeres y niñas fueron muertas por la furia popular; el número de los asesinatos llegó á dos mil.

Tavannes quiso que la matanza no cayese mas que sobre los gefes de los hugonotes, y que se ganase la batalla en París, sosteniendo «que esta ejecución debía ser limpia de todo motivo de represión como verificada por la fuerza de las circunstancias que la habían hecho necesaria en el orden de los acontecimientos; que los niños, aquellos príncipes y mariscales de Francia (el rey de Navarra, el príncipe de Condé, los mariscales de Montmorency y de Damville), y personas de poco espíritu, no debían sufrir la misma suerte que los culpables.»

El mariscal de Retz sostenía lo contrario; diciendo: «que era preciso matarlos todos; que aquellos príncipes jóvenes educados en la religion, cruelmente ofendidos por la muerte de su tío y de sus amigos, se resentirían; que no se debía agraviar á medias; que en aquellas medidas extraordinarias era preciso considerar la necesidad; que habiéndose resuelto una vez ponerlas en ejecución, era preciso no omitir nada que pudiese causar la ruina del objeto de paz á que se tendía; que si era justo en un gefe, lo era en todos; puesto que de las partes en conjunto dependía el éxito principal de la acción.» Añadió que por lo tanto era preciso cortar las raíces para que nada quedara; que si el proyecto no era justo, se desistiera de llevarlo á cabo y no se emprendiera nada; y que por último si se rompían las leyes debían violarse completamente para su seguridad, pues que el pecado tan grande era por poco como por mucho. La opinion del señor de Tavanés, prevaleció como mas justa, y porque se creyó que «la del mariscal de Retz se fundaba en la ambición de los Estados que él quería para su provecho.»

He aquí la doctrina de los asesinatos terminantemente expuesta, la data no es de nuestros dias.

Despues de la matanza de la jornada de San Bartolomé (1), Carlos IX apareció completamente varia-

(1) No doy casi ningun detalle sobre los sucesos de esa jornada por la siguiente razon; Bonaparte había hecho trans-

do, y se decía que ya no se le veía en el semblante aquella dulzura que se le acostumbraba á ver. (BRANTÔME.)

Aquella execrable jornada no produjo mas que mártires; dió á las ideas filosóficas una ventaja que no perdieron sobre las ideas religiosas, y haciendo á los católicos oliosos, aumentó la fuerza de los protestantes. En 1573 estalló la cuarta guerra civil por la sublevación de la ciudad de Montanban. El senescal de Périgord, Andrés de Bourdeille escribía al duque de Alençon el 13 de marzo de 1574: «Si el rey, la reina y vos no providenciáis acerca de las revueltas del Estado, de otro modo que lo habeis hecho en lo pasado, temo veros reducidos á una pequeñez como la mía.»

El duque de Anjou puso sitio á la Rochela. Celebróse la cuarta paz ventajosa á los hugonotes. El duque de Anjou (después Enrique III) fué á tomar la corona de Polonia, y á contar á los bosques de la Lituania y á su médico Miron, los asesinatos cuyo recuerdo le impedía dormir: «Os he hecho venir aquí para daros cuenta de mis inquietudes y agitaciones de esta noche que han turbado mi reposo pensando en la ejecución de la San Bartolomé.» Al dejar la Francia, el duque de Anjou había sido mas perseguido por el recuerdo de sus crímenes que por el de sus amores; escribía con su sangre á María de Clèves, primera esposa de Enrique I, príncipe de Condé.

En el año de 1574 se formó el partido de los políticos ó sea de los centros, que por último prevalecieron, porque componiéndose de hombres razonables, como sucede en todas las revoluciones, contaban con la razón, que es una de las condiciones de la existencia social. Los políticos tenían por gefes al duque de Alençon y los Montmorency; la facción mas débil, la de los hugonotes, se adhirió naturalmente á los políticos. Molé y Coconas fueron decapitados por intrigantes; el primero era amado de la reina Margarita, y el segundo de Enriqueta de Clèves, duquesa de Nevers.

Hacia dos años que Carlos IX languidecía, y se felicitaba de no tener hijos por temor de que fuesen tan desgraciados como él. Habiendo sabido una sublevación de los príncipes: «¡A lo menos, dijo, si hubiesen esperado mi muerte! pero esto sería aborrecerme demasiado.» Murió en el castillo de Vincennes el 3 de mayo de 1574. Dos días antes de espirar, los médicos habían hecho que se retirasen todas las personas de su cámara, «excepto tres, á saber: La Tour, Saint-Pris y su nodriza, que S. M. quería mucho aunque era hugonote.»

«Como ella se hallase reclinada en un cofre dormitando, y como hubiese sentido que el rey se quejaba, lloraba y suspiraba, se acercó suavemente á la cama, y separando el pabellon, el rey comenzó á decirle, dando un gran suspiro, y arrojando tantas lágrimas que los sollozos le embargaban la palabra: «¡Ah! ¡Mi nodriza, mi nodriza, cuánta sangre y cuántos asesinatos! ¡Ah! ¡Por qué habré seguido un consejo tan malvado! ¡Oh Dios mío! Perdonádmelos, si te place... ¿Qué haré? Estoy perdido, bien lo veo.» Entonces la nodriza le dijo: «¡Señor, los asesinatos caigan sobre aquellos que os los han hecho cometer! Y puesto que no prestásteis vuestro consentimiento, y estais ademas arrepentido, creed

portar á París los archivos del Vaticano; inmenso y precioso tesoro que, bien registrado, podía cambiar en gran parte la historia moderna. De cualquiera manera que sea, algunas averiguaciones hechas en este depósito sobre la época de la de San Bartolomé, me han puesto en posesión de los despachos de Salviati, encargado entonces de los asuntos de la Corte de Roma en París. Estos despachos, algunos de ellos en cifra, con la traducción interlineada, son de grande interés. Quizá los publicaré algun día, uniéndoles en forma de introducción la historia completa de aquella jornada.

«que Dios no os los imputará jamás, y los cubrirá con el manto de la justicia de su hijo, al cual debéis solamente pedir auxilio; pero por Dios, cesad de llorar. Después habiéndole dado un pañuelo, porque el suyo estaba mojado con las lágrimas; tan pronto como le tuvo en la mano, la hizo seña de que se marchase y le dejara reposar.»

Este rey que hacia fuego desde las ventanas de su palacio sobre sus súbditos hugonotes, se reprendía sus asesinatos, entregando su alma en medio de remordimientos, vomitando su sangre, vertiendo torrentes de lágrimas, abandonado de todo el mundo, y siendo solamente socorrido y consolado por una nodriza hugonote! ¿No había alguna compasión para este monarca de veinte y tres años, nacido con disposiciones felices, con gusto para las letras y las artes, con un carácter naturalmente generoso, que una madre execrable se había propuesto depravar por todos los abusos del desarreglo y del poder? Carlos IX había dicho á Ronsard, en versos cuya sencillez y elegancia el mismo Ronsard debía haber imitado; los dos llevamos igualmente coronas; pero yo como rey la he recibido; tú como poeta puedes dárla. ¡Dichoso habría sido este príncipe sino hubiera recibido una corona manchada con su sangre y la de los franceses; adorno incómodo de la cabeza cuando tiene que inclinarse en la almohada de la muerte!

El cuerpo de Carlos IX fue conducido sin pompa á Saint-Denis, acompañado por algunos arqueros de la guardia, por cuatro gentiles-hombres de cámara y por Brantôme, narrador cínico que moldeaba los vicios de los grandes como se saca el retrato de la cara de los muertos.

ENRIQUE III.

(Desde el 1574 al 1589).

Tan pronto como Enrique III supo la muerte de su hermano, se evadió de Polonia como de una prisión; se sustrajo de la corona de los Jagellons que encontraba muy ligera, y vino á abrumarse bajo el peso de la de San Luis. «Cuando tuvo puesta la corona en la cabeza (en su consagración en Reims el 15 de febrero de 1574) dijo bastante alto, que le hería, y se resbaló por dos veces como si hubiera tratado de caerse.» (L'ESTOILE.)

Le habían aconsejado á Enrique III en Viena y en Venecia concluir la paz con los hugonotes, y no escuchó el consejo; detestaba por igual á los protestantes y á los Guisas. Aquí dió principio el reinado de los favoritos (1574).

La primera generación de los Guisas concluyó este mismo año con el cardenal Lorraine (26 de diciembre de 1574). «El día de su muerte se levantó en Avignon; en París y en casi toda la Francia un viento tan impetuoso, que no había memoria de otro igual. Los católicos adictos á Lorraine decían que la vehemencia del huracán era indicio de la cólera de Dios sobre la Francia, anuncio de lo que costaría la pérdida de tan bueno, tan grande y tan sabio prelado; y los hugonotes, por el contrario, que era la algazara de los diablos que se juntaban para venir á buscarles. También decían que durante su enfermedad, cuando se trataba de hablarle de Dios, no tenía en la boca mas que palabras indecentes... Al oír el arzobispo de Reims, su sobrino, tal lenguaje, dijo, riendo: Yo no veo nada en mi sitio que nos haga desesperar de su salud; pues que conserva aun todas sus palabras y acciones naturales.» (L'ESTOILE.) Catalina le creyó ver después de su muerte.

El duque de Alençon se puso á la cabeza de los descontentos, é Isabel les envió socorros. Lesdi-guieres acudió á los protestantes del Delfinado en

lugar de Montbrun, que había sido cogido y decapitado. Este partidario tenía la costumbre de decir que la suerte de las armas hacia los hombres iguales (1575).

Enrique, rey de Navarra, se escapó de la corte, y vino á ser el jefe de los hugonotes, adhiriendo á la religión católica que había abrazado por fuerza. Celebróse la quinta paz, ó sea el quinto edicto de pacificación, que concedía á los protestantes el culto público de su religión. Les otorgaba en los ocho parlamentos del reino cámaras divididas por igual; legitimaba los hijos de los sacerdotes y de los monjes casados, y rehabilitaba por medio de una confesión injuriosa la memoria del almirante, de la Molé y de Coconas. Era una gran conquista de las opiniones nuevas sobre las antiguas, y un extraño pero natural resultado de la noche de San Bartolomé; este resultado no fue durable, porque la revolución no había descendido á las clases populares. El quinto edicto de pacificación produjo una reacción que fue la liga.

La idea de la liga había sido concebida por el genio de los Guisas; el cardenal de Lorraine también la había tenido en el concilio de Trento; la muerte de Francisco de Guisa había sido causa de su abandono, pero fue posteriormente prohibida por el Acuchillado. Los caballeros de Picardía y los magistrados de Perona firmaron en 1576 una confederación: es el primer documento oficial de la liga.

Los caballeros de Bearn, de Guienne, de Poitou, del Delfinado y de Borgoña, vinieron á ser los capitanes del ejército protestante, así como los caballeros de Picardía y otras provincias fueron los capitanes del ejército de los católicos. Enrique III, inspirado por su madre, que tomaba las revoluciones por intrigas, creyó descubrir los proyectos de los Guisas, declarándose jefe de la liga; se asoció á una facción que le detestaba, y cuyos furros autorizó con su nombre.

Bajo la liga el pueblo no marchaba á la cabeza de sus negocios; dejábase conducir por los poderosos. No había formado un gobierno á parte; había tomado lo que existía; solamente se hacia servir por el Parlamento, y había transformado sus curas en tribunales. Cuando Mayenne lo juzgaba á propósito, mandaba ahorcar indistintamente á quien le parecia, fuese del pueblo ó fuese de los diez y seis, especie de comité de salud pública de aquel tiempo.

Ademas la liga, cualesquiera que sean sus crímenes, es lo cierto que salvó la religión católica en Francia, en el sentido de haber dado soldados y un jefe á antiguos principios y antiguas ideas que atacaban los principios y las ideas nuevas. El reinado se encontraba combatido por la liga, que quería cambiar la dinastía; y por los protestantes, que tendían á mudar la constitución del Estado. Este doble asalto que debía arrollar la corona, la salvó, cuando Enrique IV, abandonando los protestantes, cuyo culto protegía, se reunió á los católicos, á quienes dió un rey.

Promulgóse el sexto edicto de pacificación menos favorable que el quinto (1577).

A este año se refiere la expedición de don Sebastian á Africa. Este príncipe, que algunos aldeanos de Portugal quizá esperan todavía, pereció en un combate contra el rey de Marruecos. Camoens, tendido en su lecho de muerte, alimentado apenas de las limosnas que un fiel esclavo iba á mendigar para él por las calles de Lisboa, exclamó al saber la suerte de su rey: «¡La patria se ha perdido, pero á lo menos yo muero con ella!» Y el Taso, casi tan desgraciado como Camoens, felicitaba en bellos versos á Vasco de Gama por haber sido cantado por el noble genio cuyo vuelo había excedido al de las naves que llegaron á encontrar las regiones de la aurora.

Después del gran navegante, del gran rey portu-

gués y de los dos grandes poetas ¡qué innobles y pequeños parecen aquellos favoritos y aquellos príncipes tan poco dignos de un elevado rango! Entonces fue cuando los duelistas Caylus, Maugiron y Livoret, se batieron contra D'Entragues, Riberac y Schomberg; cuando Enrique III hacia levantar á Caylus, Maugiron y Saint-Mesgrin estatuas y tumbas que no tenían, don Sebastian en los desiertos de Africa; Gama en las riberas de la India, ni los cantores de la Jerusalem y de la Lusitania en las orillas del Tajo y del Tiber.

«Porque para celebrar la memoria de Caylus y Maugiron, á causa de las raras y detestables rufianerías y blasfemias que habían cometido, Enrique de Valois les hizo levantar soberbias estatuas de mármol blanco, puestas en una base, á cuyo alrededor había muchas descripciones, como si fueran personajes generosos, cerca de lo que los del siglo sabían lo contrario; y los católicos estaban enojados porque denigraban la santidad del lugar (que era la iglesia de San Pablo en París) las elegías de tales libertinos y renegados de Dios.» (Vida y muerte de Enrique de Valois.)

El duque de Alençon, que llegó á ser duque de Anjou, llamado por los católicos de los Países-Bajos, se mostró indigno de la soberanía que se le quería confiar: «Príncipe, decía el rey de Navarra, (después Enrique IV) que tiene tan poco valor, el corazón tan doble y tan maligno, y el cuerpo tan mal configurado.» Margarita de Valois, que le había amado mucho, declaraba, que si la infidelidad fuese proscripta de la tierra, él la podía volver á poblar (1578).

La Orden del Espíritu Santo, creada en 1579, ó mas bien renovada de la Orden del mismo nombre ó de la llamada del Buen Deseo, instituida por Luis de Anjou, fue al principio bastante mal acogida. Enrique III, elegido rey de Polonia el día de Pentecostés, y elevado á la corona de Francia en el aniversario de este mismo día, instituyó su Orden en memoria de aquel doble advenimiento. Se ha dicho que esta Orden tenía un origen mas misterioso, indicado en el enlazamiento de las cifras. Se decía que estas cifras designaban el nombre de los donceles del rey y Margarita su hermana. Según Brantôme, la Orden no debía sostenerse, porque había ido á la cocina, esto es por haberse dado á Combaut, primer jefe de la cocina de palacio. Las reflexiones que hemos hecho á propósito de la Orden de la Jarretiere, se aplican igualmente á la del Espíritu Santo. Las huellas de la sangre de Luis XVI se han borrado en el pavimento de París; las cenizas de Napoleón estan escondidas (1) bajo la roca de una isla desierta, y la cinta de Enrique III ha reaparecido en aquel palacio de Catalina de Médicis, ante el cual cayó la cabeza del rey mártir, y donde reposó la del vencedor de la Europa; en fin, cubre todavía en el palacio de los Estuardos el seno del desterrado, que abdicando la corona (como lo he dicho en el prólogo de los Estudios), ha hecho abdicar verosimilmente con él todos aquellos reyes, grandes vasallos de lo pasado, bajo el dominio eminente de los Capetos.

Una ordenanza retrógrada, dada á consecuencia de los acuerdos presentados por los Estados de Blois de 1576, dispuso que los «plebeyos y no nobles que compraran feudos nobles, no serian por esto ennoblecidos ni puestos en la categoría de nobles.» La nobleza se apercibía de que sus filas se veían atacadas. Como acontece siempre en visperas de las grandes revoluciones, se quería resarcir por actos del poder lo que el tiempo había quitado.

Portugal cayó en manos de Felipe II, después de la muerte del cardenal Enrique, que había sucedido á don Sebastian. Isabel, reina de Inglaterra, lisonjeó

(1) Cuando se escribía este Análisis histórico.

al duque de Anjou con la esperanza de casarse con él. Los Estados de Holanda quitaron la soberanía de los Países-Bajos á Felipe II, y la confirieron al duque de Anjou. El condado de Joyeuse y la baronía de Espernon fueron erigidos en ducados-pariatos para dos favoritos de Enrique III, que gastó un millón de seiscientos mil escudos en las bodas del duque de Joyeuse, prometiéndole otros cuatrocientos mil mas. Los tributos, elevados á treinta y dos millones, excedieron en ventidos á los del último reinado (180, 1581).

Se reformó el calendario gregoriano (1582).

El duque de Anjou, envidioso del príncipe de Orange, quiso apoderarse de Anvers: los franceses fueron rechazados por los paisanos; cuatrocientos hidalgos y mil doscientos soldados perecieron en este encuentro. Despreciado y abandonado, el príncipe francés se retiró á Tremonde. «Dos días despues de este desastre, se hablaba de la muerte del conde de Saint-Aignan, bravo oficial y muy fiel á su servicio, quien se había ahogado en esta ocasion: yo creo, decía el príncipe, que cualquiera que hubiese podido tener ocasion de contemplar en aquella hora á Saint-Aignan, le habría visto hacer un agradable visaje.» Esto lo decía porque el conde tenía la costumbre de hacer gestos. Así eran pagados la sangre y los servicios. El duque de Anjou murió al año siguiente de edad de treinta años. Por esta muerte, el rey de Navarra venia á ser heredero de la corona, no teniendo hijos Enrique III.

El duque de Guisa aprovechó esta ocasion para poner en movimiento la liga, de que se declaró gefe; se trataba segun él, de separar del trono á un príncipe hereje: Guisa codiciaba esta corona, y no se atrevió á tomarla. El príncipe de Orange fue asesinado en Delft por Baltasar Gerard. Quisieron darse á Enrique III los Países-Bajos, pero los rehusó; la Francia por un destino constante perdió esta vez la ocasion de extender sus fronteras hasta las riberas del Rin (1584).

El cardenal de Borbon tomó en un manifiesto el título de primer príncipe de la sangre, y pidió que la corona se mantuviera en la rama católica; el papa y casi todos los príncipes de Europa apoyaron esta declaración, que venia á continuación de un tratado hecho con el rey de España para el sostenimiento de la liga. El rey permaneció pasivo en medio de aquellos desórdenes; la liga principió la guerra por su propia cuenta contra los hugonotes.

Sisto V, que recordaba los grandes pontífices de tiempos pasados, había sucedido á Gregorio XIII; desaprobaba la liga y excomulgó al rey de Navarra á quien declaró indigno de suceder en la corona. Enrique IV apeló de semejante determinacion al Parlamento y al concilio general, é hizo fijar este llamamiento hasta en las puertas del Vaticano. Los Diez y Seis comonzaron á gobernar en París. Aquí principió la guerra de tres Enriques. Enrique III, Enrique, rey de Navarra, y Enrique, duque de Guisa, (1585, 1586).

A María Estuardo, despues de diez y nueve años de cautividad, se le cortó la cabeza en el castillo de Fotheringay el 18 de febrero de 1587. Las coronas no eran inviolables. «La víspera de su muerte, despues de cenar, rogó á todos los de su servidumbre la encomendáran á Dios. A lo cual obedientes, se pusieron de rodillas mezclando sus lágrimas con su vino y bebiendo por su señora. El día de la muerte mandó á una de sus camaristas venderle los ojos con un pañuelo que ella expresamente había dedicado á este efecto. Estando ya vendada, se arrodilló apoyándose en el tajo, creyendo que iba á ser ejecutada con una espada á la francesa; pero el verdugo, asistido de sus satélites, la hizo poner la cabeza en el tajo y la cortó con una azuela.» (Pasquier.) Cualesquiera que fuesen los años de Isabel y de Ma-

ria, es probable que una rivalidad de mujer y una superioridad de talento cortaran la vida á esta última.

Los Diez y Seis pensaron en apoderarse del rey y hacerle descender del trono. La Sorbona dió un decreto en el cual se decía que era lícito quitar el gobierno al príncipe, que no se le juzgaba tal cual era necesario, como se quita la administración al tutor que se tiene por sospechoso. Las doctrinas de los tiempos de la antigua monarquía representaban mas la majestad de los reyes y el derecho divino que las doctrinas de la monarquía constitucional? Enrique III se consolaba recibiendo la órden de la Jarretière, y estableciendo los Fuldenses en París.

Enrique de Navarra ganó la batalla de Contras, donde el duque de Joyeuse fue muerto á sangre fria, como lo fueron Francisco de Guisa delante de Orleans, el príncipe de Condé en Jarnac, el mariscal de Saint-André en Dreux, y el condestable de Montmorency en Saint-Denis. El Bearnais en lugar de aprovecharse de la victoria volvió junto á Corisandre. Muchas veces este príncipe aventuró la corona por sus amores, y esto constituye sus debilidades, que unidas á su valentía y á sus infortunios le han hecho tan popular.

Enrique I, príncipe de Condé, murió envenenado en Saint-Jean-d'Angély; Carlota de la Trémouille, su esposa, acusada del envenenamiento, fue declarada inocente ocho años despues por decreto del Parlamento, contra la órden expresa de Enrique IV. La viuda de Condé, quedó en cinta y parió un hijo, á quien se dió el nombre de Enrique II, y fue abuelo del gran Condé. Esta raza heroica era como una llama siempre pronta á inflamarse; mas por último se extinguió.

Año de 1588; jornada de las barricadas.

Habiéndose los Diez y Seis concertado con el duque de Mayenne, en ausencia del duque de Guisa, que se mantenía apartado de París por temor de ser sorprendido por el rey, habían resuelto apoderarse de la Bastilla despues de haber muerto, si podían, al caballero de vigilancia, al primer presidente, al canceller, al procurador general, á los señores de Guesle y d'Espesses y algunos otros. Contaban asaltar el arsenal, por medio de un fundidor ganado por su partido, y que les abriría las puertas. Algunos comisarios y guardias municipales, fingiendo llevar por la noche prisioneros, estaban encargados de ocupar el grande y el pequeño Chatelet. Otro bando de conjurados debían estar prontos á apoderarse del Temple, de las Casas Consistoriales y del palacio de Justicia, á la hora en que había costumbre de permitir la entrada al público. En cuanto al Louvre, debía ser sitiado y bloqueado á la vez por las calles confinantes; y por último se convino en que despues de degolladas las guardias, se arrestaría al rey.

En el consejo secreto donde se concertaba el plan de esta insurreccion de los de la liga, uno de los conjurados hizo presente que había en París muchos ladrones, y seis ó siete mil obreros á quienes no se podía dar parte en la empresa; que estos una vez entregados al pillaje y aumentándose como una bola de nieve, harían abortar el plan. En vista de esta observacion que pareció justa, se adoptó la idea de levantar barricadas, las cuales consistían en extender cadenas á la entrada de las calles, y en colocar contra estas cadenas toneles llenos de tierra. Formadas las barricadas no se permitiría á ninguno atravesarlas sin pronunciar las palabras de órden, y sin manifestar una señal convenida. Solamente cuatro mil hombres tendrían la entrada en los atrincheramientos para ir al Louvre á atacar los guardias del rey, y á los puestos donde se encontrasen las fuerzas militares. Despues de haber degollado á la nobleza alojada en diversos cuarteles de la ciudad con los polí-

ticos y los sospechosos, se gritaría: ¡Viva la misa! Todos los buenos católicos tomarían las armas, y el mismo día las ciudades de la liga imitarían á París. Al punto que fuesen señores de Enrique, se quitaría la vida á los miembros del consejo, dando otros ministros al rey, cuya persona se respetaría, con la condicion de que no se mezclase en adelante en ningún asunto.

Advertido Enrique III de aquellos proyectos no los quería creer, engañado por Villegier, que continuamente le repetía que el pueblo le amaba demasiado para emprender nada contra su persona. La Bruère, La Chapelle, Rolland, Le Clerc, Cruce y Compan, principales gefes de los Diez y Seis, se reunieron de nuevo en la casa de Santeuil, cerca de San Gervasio. Nicolás Paulain, que lo contaba todo al rey, se encontraba allí tambien; se leyó una carta del duque de Guisa que prometía maravillas. La Chapelle desplegó un gran mapa de papel grueso, en donde París y sus arrabales estaban figurados; los diez y seis cuarteles de la capital fueron reducidos á cinco que cada uno tuvo por gefe un coronel y un capitán. Hecho el nombramiento, se encontró que podían ofrecerse al duque de Guisa treinta mil hombres bien armados.

El acuchillado (Balafre) envió por su parte capitanes experimentados, que se ocultaron en París; la puerta de Saint-Denis de que él tenía las llaves deba ser franqueada al de Amale, que se introduciría en la capital la noche del domingo de Cuasimodo con cincuenta caballeros; el duque d'Espernon hacia por el rey la ronda militar, desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana; dos de entre su gente vendidos á los de la liga, estaban encargados de desembarazarse de él.

Incrédulo como la debilidad que teme obrar, Enrique hubiera podido veinte veces prender á Le Clerc y sus cómplices en los conciliabulos que le indicaba Nicolás Paulain; pero había llegado á sospechar de que este fiel servidor estaba adherido al partido de los hugonotes, é interesado en aumentar el mal: la pusilanidad mira con aborrecimiento al que le demuestra el peligro.

El rey no encontró cosa mejor que hacer, en medio de aquellos peligros, que ir pacíficamente á San German, llevar el duque de Espernon, y no volver hasta ocho horas despues. Madama de Montpensier advirtió á los Diez y Seis que la mina estaba descubierta, y que ella había rogado á Enrique III recibiese al duque de Guisa, su hermano, que vendría solo á justificarse cerca de su majestad de los proyectos de que se le acusaba injustamente. Enrique impidió al duque de Guisa la entrada en París; la órden fue mal dada ó mal ejecutada; no se encontraron algunos escudos en el tesoro para hacer partir un correo. Al través de aquellas mil conjuraciones, madama de Montpensier había notado que el rey se iba á pasear casi sin escolta á los bosques de Vincennes; inmediatamente concibió el proyecto de arrebatar al rey, de echar la culpa de este raptó á los hugonotes, y proceder á la matanza de los políticos. El golpe faltó como siempre por las revelaciones de Poulain. El duque de Guisa vino á París á pesar de la prohibición régia, confiando como era natural en Catalina de Médicis que le prometía ordenarlo todo en su provecho. La reina madre, no acordándose mucho de su hijo, quería volver á tomar el Imperio enredando los negocios y los intereses.

La entrada del Acuchillado en París, fue un triunfo; el tropel se precipitó á su paso, gritando: ¡Viva Guisa! ¡Viva el pilar de la iglesia!, besando sus vestidos, y haciéndoles tocar los rosarios como si fuera un santo. De todas las ventanas las mujeres le arrojaban ramos y flores. Luis de l'Hospital Vitry: desde una tienda de la calle de Saint-Honore se puso de

manifiesto, exclamando: «Buen príncipe, puesto que estais aquí, todos nos hemos salvado.» El gefe de la liga se apeó en el palacio llamado de Soisson, esto es, en casa de la reina madre. Catalina se vió confusa al principio; pero repeniéndose, condujo á su huésped ante el rey. Iba en su coche, y el duque marchaba á pié cerca de ella. Cuando llegaron al Louvre encontraron la guardia doblada, los suizos ordenados en hilera, los arqueros en las salas, y los gentiles hombres en las cámaras. En este momento Enrique III deliberaba si haría caer la cabeza de su enemigo á sus piés. Un corso, llamado Alfonso Ornano, había sido llamado y propuesto para ejecutor de las altas obras del rey. El duque de Guisa entró con Catalina en el gabinete del monarca, quien le echó en cara haber violado sus órdenes. El duque balbuceó algunas excusas, aprovechó un momento de vacilacion de Enrique, y se retiró sin ser arrestado. Otra entrevista tuvo lugar en el palacio de Soissons, pero entonces Guisa estaba guardado por el pueblo.

Sin embargo, el rey hizo entrar el jueves 4 de mayo cuatro mil suizos en París. El pueblo los vió desfilir en silencio, y parecía bastante tranquilo, cuando un fanfarron de corazon, segun dice Pasquier, creyendo asegurada la victoria, dijo en alta voz: que no había mujer de bien que pudiera darse por satisfecha de la discrecion de un suizo. Estas palabras pronunciadas en el puente de San Miguel, produjeron una explosion como la chispa que cae sobre la pólvora. En un momento se desmenuzaron las calles, las piedras se llevaron á las ventanas, se tendieron las cadenas, reforzándolas con muebles, planchas, vigas y toneles llenos de tierra. Se tocó á rebato, las tropas reales abandonadas y sin órden se encerraron en los atrincheramientos, y las últimas barricadas llegaron á ponerse hasta en los postigos del Louvre.

El duque de Guisa no apareció durante las primeras horas: retirado en su palacio se ocupaba de los medios de retirada. Cuando supo todo el suceso de la insurreccion, se presentó en público: entonces resonó el grito de ¡Viva Guisa! y él, quitando su gran sombrero, decía: mis amigos, ¡basta, basta! ¡señores, esto es demasiado! gritó ¡viva el rey! El puesto de los suizos, en el Mercado Nuevo, atacado con piedras y arcabuces, tuvo sobre unos treinta muertos ó heridos. Estos extranjeros, cuya suerte era hacer tan triste papel en las revueltas domésticas de Francia, no se defendieron; tendieron sus manos al tropel, enseñando sus rosarios y exclamando: Buenos católicos, como hubieran dicho en las últimas barricadas: ¡Buenos liberales! El duque de Guisa los libertó, y permitió retirarse á los soldados del rey, haciendo abrir las barreras comenzadas por Catalina no concluyeron nada. Los predicadores declararon que era preciso apresar al hermano Enrique de Valois en su Louvre. Setecientos ú ochocientos estudiantes y tres ó cuatrocientos frailes se proponían asaltar el palacio por el lado de París, mientras que unos quince mil hombres amenazaban envestir por el lado de la campaña. El rey, no teniendo un momento que perder, salió á pié con un bastoncito en la mano. Cuando llegó á las Tullerías, donde estaban las caballerizas, montó á caballo con los de su acompañamiento, que tuvieron proporcion de hacerlo; Duhalde le calzó, y poniéndole la espuela al revés: «Es igual, dijo el rey, no voy á ver á mi querida...» Estando á caballo, se volvió hácia la ciudad, y juró no entrar en ella mas que por una brecha. No volvió á ver á París sino desde las alturas de Saint-Cloud, ni entró ya nunca mas en su recinto.

Un pastor que llegó á ser papa, estaba en aquella